MÁS ALLÁ DE LA CUARTA PARED

Alfonso Barroso Valero

MÁS ALLÁ DE LA CUARTA PARED

Alfonso Barroso Valero

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2023
© Alfonso Barroso Valero, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)
Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-33-4
IBIC: FA
DEPOSITO LEGAL: M-20847-2023

1.

Los dos amigos se hallan sentados en la primera fila de butacas. El teatro se encuentra completamente vacío, hoy es día de ensayo. Uno, Jaime, el otro, Guillermo, Guille, Guily. Este, con la cabeza apoyada en la butaca, mirando distraído al techo, aquel, repanchingado, pero bien, en la butaca de al lado con aire aburrido.

—Anda Guille, dame un cigarro.

—¿Un cigarro? Pero si tú no fumas.

—Sí fumo, Guily.

—Que no hombre, por lo menos desde que te conozco no te he visto fumar un cigarro. Bueno, alguno, es decir, bastantes…

—Me conoces desde... los cinco años.

—¿Y? Pudiste ser un fumador precoz, entre biberón y biberón, y lo dejaste cuando el olor del pañal ya

no tapaba el del tabaco. Venga, en serio ¿no lo habías dejado?

—Joder Guily, tú sí que me conoces. Venga ese cigarro. —Jaime se incorpora hasta sentarse como Dios manda en la butaca.

—No llevo encima —Guillermo se palpa la camiseta con desgana—, es una lástima.

—No es verdad, pero te creo. Además, no me hace falta un cigarro para fumar.

—¿No? Pues me alegro, eso que se llevan tus pulmones.

—Así es amigo. Soy un fumador teórico, perfectamente capaz de imaginar con enorme realismo, desde la primera sensación de calor en los labios, el humo penetrando profundo en los pulmones después y, finalmente, la exhalación de este produciendo un ligero escozor en la tráquea. Así que no me hacen falta tus cigarros —indica Jaime realizando un gesto de fingido desprecio con la mano.

—Además, aquí está prohibido fumar. —Guillermo señala hacia un explícito cartel colgado de la pared.

—¿Prohibido? ¿Por quién?

—¿Por la ley?

—¿Y a los fumadores teóricos también? —insiste Jaime.

—No me consta. Sería cuestión de consultar el *Reglamento General sobre Locales Culturales y de Ocio*, apartado «Humos».

—¿Pero eso existe?

—No creo, pero algún reglamento existirá, eso fijo. Toma, anda, tu cigarro. —Guillermo saca entonces del paquete un cigarrillo y lo tiende hacia su compañero.

—Graaaacias señor, es usted asaz amable —dice este cogiendo con dos dedos el obsequio—. ¿Mechero?

—Pensaba que a los fumadores teóricos no les hacía falta mechero, he de confesar que me estoy llevando una gran decepción.

—¿Y quién ha dicho que el mechero sea para prender fuego a este cilindro?

—Nadie ha dicho eso, que yo sepa.

—Quizá es que estoy valorando la posibilidad de prender fuego a este teatro. Guily, ¿has oído hablar del síndrome del pirómano urbano?

—No, jamás. Y si lo he oído lo he olvidado completamente. ¿También habrá pirómanos teóricos?

—Anda Guily, pues claro, los habrá también. —Jaime se ha colocado el cigarrillo en los labios, hacia el lado derecho—. Imagina el placer de incendiar a diestro y siniestro sin riesgo de chamuscarte las cejas. Supongo que esas personas recrean vivamente en sus perturbadas mentes el incendio provocado de ideas, creencias, imágenes y recuerdos, haciendo una enorme

pira y dándosela a la voracidad del fuego purificador, al poder catártico de las llamas…

—El síndrome del converso.

—¿El síndrome de qué?

—Del converso Jaime, del converso. Aquel que profesaba una fe y después reniega de ella convirtiéndose en su mayor y más fanático negador, aprovechando cualquier ocasión para mandar a la hoguera antiguas convicciones y creencias, tenidas ahora por las más grandes abominaciones que imaginarse pueda.

—Ese síndrome me parece peor que el de pirómano urbano teórico —afirma Jaime, cruzando a continuación una pierna sobre la otra y adoptando una pose de intelectual reflexivo, acariciándose la barbilla con una mano.

—No creas, para el pirómano teórico siempre existe el riesgo de que se propague el fuego y termine con las meninges ardiendo, o incluso con la amígdala en llamas, no es un riesgo baladí, desde luego. —Adopta Guillermo un tono doctoral.

—Cierto, Guillermo, es digno de considerarse.

—Pues avisa antes.

—¿De qué?

—Si vas a quemar el teatro, avisa antes.

—Avisado quedas. ¿Y si no tienes fe en nada? —pregunta Jaime incorporándose, pero volviéndose a sentar enseguida.

—¿Cómo?

—Que si no tienes fe en nada no existe riesgo de padecer el síndrome ese del converso.

—Antropológicamente hablando, eso es un imposible. Todos tenemos fe en algo. —El que adopta ahora pose intelectualoide es Guillermo, ligeramente inclinado hacia delante y juntando las manos por las yemas—. El nihilismo no deja de ser una impostura que, si se adorna con una estética adecuada, puede resultar muy provechosa…

—¡Para, para! Madre mía el doctor, si lo sé no lanzo la pregunta.

—Amigo, todos tenemos preguntas… —afirma Guillermo continuando con tono doctoral.

—¿Preguntas? ¿Por qué?

—¡Ahí lo tienes! —Guillermo exclama con satisfacción—. Es que las cuestiones brotan incontroladas, desde lo más arcano de nuestro ser...

—¡Uy, uy! ¡Aparta de mí ese cáliz! —exclama Jaime levantando ambos brazos, con las palmas de las manos bien visibles, en dirección a su compañero—. No me arrastres a ese terreno que no quisiera recaer.

—¿Recaer?

—Guily, no quisiera recaer yo en la Filosofía, ya sabes que lo dejé…, o quizá fuera ella la que me dejó a mí, en todo caso, un amor imposible, divergente, nada que hacer…

Jaime toma el cigarrillo de sus labios y va a colocarlo en la oreja derecha. Al rato se lo cambia a la otra

oreja. Repite varias veces la maniobra, algo que no pasa desapercibido a Guillermo.

—Pesa ¿eh? —Le pregunta este a su amigo.

—No querido, no es por eso. Pero temo que la nicotina que contiene este cilindro pueda dañar mis órganos auditivos, tan esenciales para quien, como servidor, se dedica al teatro.

—En efecto, no serías el primer actor que se queda sordo por apoyar cigarrillos en las orejas —ironiza muy serio Guillermo.

—El error fatal está en dejarlo ahí mucho tiempo, por eso me lo cambio a cada rato, como no le ha pasado a usted inadvertido. —Jaime cambia una vez más de oreja el cilindro nicotinoso.

—No deja de asombrarme la sabiduría mundana que atesora usted, toda vez recordada su renuncia a la sabiduría académica recientemente confirmada.

—Usted siempre tan amable. ¿No habíamos quedado a las cuatro? —pregunta ahora Jaime mientras se incorpora mirando alrededor, como esperando la presencia de alguien más.

—Sí.

—Pues por aquí no hay todavía nadie. Se me hace raro ser el primero, la verdad —admite Jaime, volviendo a sentarse en la butaca.

—Es que son las tres y media —confiesa Guillermo.

—¿Las tres y media? ¿Y por qué hemos venido tan pronto? ¡Me has sacado de la cama con prisas y ni siquiera es la hora todavía!

—Disculpas pues. Pero es que mi reloj está parado. —Guillermo muestra entonces la muñeca izquierda en la que no aparece reloj alguno.

—¿Es que ahora llevas reloj?

—Uy, perdona, hoy no me lo he puesto. Pero yo me refería al de casa, el que tengo en la mesilla junto a la cama.

—Puedes utilizar el del móvil.

—Pues sí Jaime, ahí tienes toda la razón. En fin…

—El caso es que todavía no hay nadie por aquí —dice con cierta impaciencia Jaime, que vuelve a inspeccionar desde su butaca el vacío teatro.

—Sí, nosotros, ¿te parece poco?

—En absoluto, pero creo que para comenzar el ensayo no somos aún suficientes.

—Hombre, si nos repartimos los papeles podemos intentarlo.

—Me temo que, Guille, lamentablemente, no voy a poder ayudarle en eso, amigo.

—¿Por?

—No me sé ni mi propio papel, con que el de los demás… —confiesa abiertamente Jaime.

—Pues entonces no podemos empezar nosotros solos, no. De todas formas, yo me sé mejor tu papel que el mío.

—¡Ahí va! ¿Sí?

—Sí, mi buen amigo Jaime, sí. De hecho, yo quería hacer su papel y no la mierda esta que me ha tocado —reconoce abiertamente Guillermo.

—Deduzco por sus palabras que no está contento con el papel que en suerte le ha tocado representar.

—Es que es ridículo —sostiene Guillermo resoplando—. El novio pijo de la niña rica, ¡topicazo! ¿Y has visto cómo está definido el personaje? ¿Es que los pijos son así?

—No sé, nunca conocí a ninguno de esa especie en persona, salvo en las veces que han sido representados en la pantalla o en el papel.

—Ni yo, pero seguro que no se comportan de ese modo.

—Vamos a ver Guille, se trata de una comedia, el estereotipo se muestra como parodia, por eso se remarcan tanto las poses, la ropa, la manera de hablar, recuerda a Borjamari y Pocholo, pura inspiración.

—Además de fumador teórico, también eres un teórico de la escena. Lo dicho, no dejas de sorprenderme. Además, puestos a representar personajes estereotipados prefiero el tuyo.

—¿El hijo de papá metido a perroflauta? —Se incorpora levemente Jaime girándose hacia su amigo.

—Pues sí señor. Lo haría mejor que tú.

—Oye, que yo no termino de saberme todas las frases, pero en dos días que me ponga… ¡ya me conoces! —dice con impostada jactancia Jaime.

—Yo lo digo porque me pega más el papel.

—¿Y eso por qué?

—Pues…, no lo sé con exactitud, sólo sé que me pega más. Quizá porque, discúlpame, Jaime, tengo más pelo en la cabeza.

—Es verdad, pero vamos, con la peluca quedo muy muy creíble ¿eh? Aunque te tengo que confesar que estoy un poco harto de las rastas, no veas cómo pican, ¿no podría ser el personaje un alternativo con entradas?

—*Alopecicus tempranus*. Díselo al director, a lo mejor le convences.

—¿A ese? No nos hablamos —afirma muy serio Jaime.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—Claro Jaime, porque no os habéis visto desde el ensayo de ayer.

—Bueno, claro, pero mi postura crítica es muy clara. Tengo un pliego de reivindicaciones para entregárselo en mano en cuanto le vea entrar por aquella puerta. ¡Me va a oír! —exclama Jaime cruzando los brazos y torciendo el gesto.

—¿Y qué pone?

—Por ahora dos cosas: una, que mi personaje no tiene por qué llevar rastas. Dos, que la obra es, francamente, una mierda —expone con firmeza Jaime.

—Lo segundo ya lo sabe, la obra la escribió él mismo —apunta su compañero.

—Pero necesita que alguien se lo diga.

—Eso estaría bien. Firmo el pliego, trae.

—No lo he escrito todavía, ¿tienes por ahí un boli?

—No. Tengo un trozo de lápiz para ir anotando en el guion, pero está sin punta. —Guillermo extrae de un bolsillo del pantalón un pequeño lapicero con el nombre estampado de un conocido centro comercial dedicado a la venta de mobiliario para el hogar, la oficina y para allí donde haga falta.

—No importa, ¡lo gritaremos a viva voz! —vocea Jaime incorporándose de un respingo.

—¡Y haremos una barricada con las butacas! ¡No a las rastas! —acompaña las voces Guillermo, también ya en pie y con ambos puños en alto.

—¿Es necesario lo de la barricada? Es que tengo la espalda… —Jaime se echa mano, dramáticamente, a la zona lumbar.

—Hombre, mejor quedaría, pero…

Guillermo estira hacia arriba los brazos lentamente, desperezándose, junta después las manos tras la espalda y tira de ellas hacia atrás arqueando el torso. Jaime mira de reojo mientras comienza a caminar

perezosamente en dirección a unas de las puertas laterales de la sala.

—¿Te vas? —La pregunta de su amigo frena su caminar.

—Mire usted, don Guily, si da su permiso, voy a salir a la calle a fumar, pues aquel extintor de la pared no deja de lanzarme miradas amenazantes y ya me encuentro bastante incómodo, la verdad.

—Pues te acompaño, así echo yo uno también. Por cierto, que será el último.

—¿Vas a dejar de fumar?

—No, qué va. Pero me voy a pasar al fumador teórico, me han convencido sus argumentos plenamente. —Se incorpora entonces también Guillermo, yéndose a colocar junto a su amigo.

—No recuerdo haber argumentado ni a favor ni en contra de los fumadores teóricos, la verdad.

—El hecho de que usted lo sea para mí es suficiente argumento, argumento de autoridad ni más ni menos. Además, seguramente resulte más barato —apunta Guillermo con un cigarrillo ya entre los dedos.

—Aunque infinitamente más adictivo, de hecho.

—¿Cómo la lectura?

—¡Huy, mucho más!

—Vaya, pues tendré cuidado. ¡Cuántas cosas por aprender! ¿No es fascinante?

—Lo es, lo es… ¿el qué?

—Realmente eso no importa. Importa estar, bueno, estar y ser, claro. Los ingleses lo tienen más fácil, les vale con lo del *to be*, nosotros lo complicamos más. El problema del ser ¿recuerdas? —pregunta Guillermo echando una mano al hombro de Jaime.

— Sí, sí, déjame a mí: *«el ser es, el no ser no es»* —declama este con voz ceremoniosa.

—Veo que, a pesar de todo, la sabiduría de los antiguos caló profundamente en su espíritu. Pero yo me refería más bien a aquello de Heidegger…

—Ese era un nazi, a lo mejor sin querer, pero un nazi. *¡Haildegger!* —Jaime levanta el brazo derecho, tieso hacia delante, los correspondientes cuarenta y cinco grados de inclinación.

—¿Pero se puede ser nazi sin querer? —pregunta Guillermo.

—¿Nazi teórico quizá?

—Quizá. Aunque creo que estamos dejando la dialéctica entre teoría y praxis a la altura del betún…

Comienzan ambos a caminar hacia una portezuela lateral. Jaime la abre, dejando un hueco por el que salir del teatro.

—Usted primero —dice Jaime colocándose de lado y cediendo el paso a Guillermo.

—Gracias —atiende este a la cortesía de su compañero—. ¿Tú te acuerdas de Javi, el de la facultad?

—Javi, Javi… ¿el prekantiano? —recuerda Jaime tras bucear por un breve instante en la memoria de aquellos tiempos.

—Él se autodenominaba postkantiano ¿no?

—No hombre, postkantianos somos todos…, bueno, no todos, yo no, yo era y soy, de hecho, *procantiano* —afirma Jaime con convencimiento.

—Querrás decir prekantiano o postkantiano —corrige Guillermo.

—No, quiero decir *procantiano*, es decir, partícipe activo en la sabiduría emanada de la etílica dialéctica de la cantina, de las libaciones sin medida, como usted bien debería saber.

—Ah, claro, hablando de tópicos, el estudiante de bar, icono de toda facultad que se precie…

—Tópico quizá, pero no es lo mismo participar en el tópico que convertirse en típico, esto último ni hablar. No sé si me sigue.

—Le sigo, le sigo don Jaime, pero yo le hablaba de Javi. Le vi el otro día en un video en internet. Estaba dando una conferencia, se titulaba: *La fenomenología de la recepción*, o algo así. No decía nada con sentido, pero el tío hablaba con una seguridad tremenda.

—Y aún le pagarán una pasta. Yo tendría que haber terminado la carrera… —Se lamenta Jaime, mirando afectadamente hacia el cielo.

—Proseguir, Jaime; o incluso retomar… —puntualiza Guillermo.

—¿Cómo?

—Que lo dejaste en el segundo cuatrimestre del primer curso, es un poco pretencioso, discúlpeme el atrevimiento, decir «terminar», más al pelo viene «proseguir», o «retomar», «recuperar» incluso.

—Bueno ¿y? Si has empezado algo lo siguiente es terminarlo, así te queda poco o mucho, ¿no? Mayores disquisiciones resultan de todo punto ociosas —concluye con aplomo el declarado *procantiano*.

—Puede ser, puede ser…

Se hallan en una callejuela sombría, sucia, maloliente. Bueno, lo primero, bien mirado no, sólo quizá en una de las esquinas donde no llega mucha luz; aunque quizá, fijándonos mejor, tampoco está tan sucia, no más de lo normal vamos; y lo del olor puede ser tan subjetivo… Salen a una callejuela, punto. Siguen hacia la derecha y doblan la esquina, continúan por otra *callejuelapunto* hasta la calle principal, que luce, esta sí, soleada, algo más limpia y oler…, así así. Por lo menos hay más transeúntes, en eso no hay ni punto de comparación con las *callejuelaspunto*, normalmente escasas de gentío. Cruzan a la acera de enfrente ganando uno de los bancos de madera que se ofrecen allí al sufrido peatón. En semejante lugar se acomodan los dos amigos, sentados uno junto al otro, como hace un rato dentro del teatro, mirando al techo… no, aquí más bien al cachito de cielo que se deja ver entre los bloques de edificios; repanchingados ambos, a modo.

—Pues ahora ya serán las cuatro ¿no? —pregunta distraídamente Jaime.

—Puede.

—¡Coño, Guille, míralo en el móvil!

—No hace falta.

—Teme usted agotarse con el esfuerzo, es comprensible, la edad no perdona.

—No, es que lo pone en el poste aquel de allí. —Levanta indolentemente Guillermo el brazo derecho, indicando hacia un poste de esos que el ayuntamiento de algunas ciudades coloca en mitad de la calle con la única función de indicar la hora exacta a los transeúntes (bueno, en algunos más sofisticados, también se alterna la hora con la temperatura ambiente).

—¿Dónde? —pregunta Jaime levantando ligeramente la cabeza y girando el cuello hacia donde indica Guillermo—. Pues está mal, allí pone las quince treinta.

—Es que son las quince treinta.

—¿Qué? ¿No me dijiste dentro que eran las tres y media hace un rato?

—Sí, hace media hora —confirma Guillermo.

—Entonces ahora serán las cuatro.

—No.

—¡Cómo que no! —exclama Jaime con expresión de no entender.

—Pues no, porque antes te lo dije mal —revela finalmente Guillermo, divertido.

—¿Sabías que eran las tres y me dijiste que eran y media? ¿Por qué? —Jaime abandona entonces la postura de repanchingado y adopta la de sentado, girado hacia su compañero.

—Porque pensaba que te enfadarías.

—¿Me has sacado de la cama temprano para estar aquí tocándonos el higo?

—Bueno, es de profesionales llegar antes al ensayo, para despejarse y comenzar los ejercicios de concentración necesarios para…

—Vete a la mierda Guille —dice Jaime mientras recupera la repanchinguez habitual.

—Te has enfadado ¡ves!

—No, no estoy enfadado. Sólo quiero fumar.

—Pues fuma, ¿dónde está el cigarro que te di?

—Lo he tirado. Sabes que llevo un mes sin probarlo, pero me cuesta horrores. Por cierto, que te pido un cigarro y tú me lo das ¡vaya amigo!

—Hombre, a un amigo no se le puede negar, precisamente.

—A un amigo que lo está intentando dejar por lo menos hay que aguantarle hasta el nivel de la súplica, con arrastre de cuerpo por el suelo incluido y final postración de rodillas.

—Mira Jaime, es mejor así, creo yo. Si te lo doy después de suplicar es un triunfo y las ganas de fumar crecen desmesuradamente con la euforia de la victoria. Si te lo doy a la primera, desafío directamente a tu